

VIERNES DE LA XI SEMANA DEL TIEMPO ORDINARIO (Par)

Mateo 6, 19-23

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «No atesoréis para vosotros tesoros en la tierra, donde la polilla y la carcoma los roen y donde los ladrones abren boquetes y los roban. Haced tesoros en el cielo, donde no hay polilla ni carcoma que los roen, ni ladrones que abren boquetes y roban. Porque donde está tu tesoro, allí estará tu corazón. La lámpara del cuerpo es el ojo. Si tu ojo está sano, tu cuerpo entero tendrá luz; pero si tu ojo está enfermo, tu cuerpo entero estará a oscuras. Si, pues, la luz que hay en ti está oscura, ¡cuánta será la oscuridad!».

Jesús nos invita a reflexionar sobre dónde ponemos nuestro corazón y nuestras prioridades en la vida.

Jesús nos advierte sobre la fugacidad y vulnerabilidad de la realidad material. Los tesoros en la tierra están sujetos a la corrupción y al robo. Las cosas que acumulamos en este mundo son temporales y no pueden proporcionar una felicidad como la que desea nuestro corazón. En cambio, nos invita a acumular tesoros en el cielo, que son incorruptibles y eternos.

Jesús nos dice que donde esté nuestro tesoro, allí estará nuestro corazón. Esto significa que nuestras prioridades y afectos, nuestras acciones, revelan lo que verdaderamente valoramos. Si nuestras vidas están enfocadas sobretudo en tener bienestar material, en obtener fama, en tener poder, en tener salud, entonces la felicidad que obtendremos de todo ello será la felicidad que este mundo puede darnos, es decir, felicidad caduca y fugaz. No significa que desear estas cosas sea desear cosas malas, porque son medios necesarios, pero solo son medios, no fines. Si nuestros deseos más ardientes los enfocamos a los bienes que son eternos, obtendremos felicidad auténtica y eterna.

Después, Jesús usa la metáfora del ojo como la lámpara del cuerpo para ilustrar cómo nuestra perspectiva y enfoque influyen en toda nuestra vida. Un ojo sano, que puede interpretarse como una visión clara y una perspectiva centrada en Dios, llena todo nuestro ser de luz. Pero un ojo enfermo, centrado en los deseos mundanos, llena nuestro ser de oscuridad.

Este pasaje nos desafía a examinar nuestras vidas y nuestras prioridades. ¿Dónde tengo puesto mi corazón? ¿En las cosas temporales de este mundo o en los valores eternos del Reino de Dios? En el fondo, ¿qué es lo que me alegra el corazón, o qué es lo que entristece mi corazón? ¿Me alegra lo que a Dios le alegra, o me entristece lo que a Dios le entristece? ¿Hay sintonía entre los deseos del Corazón de Jesús con los deseos de mi corazón? ¿Pido en mi oración, con humildad y deseo profundamente esa sintonía, esa conversión interior, esa purificación interior?

Hay un adagio espiritual que dice: si estás triste, es porque no quieres lo que Dios quiere, o porque quieres lo que Dios no quiere.

Pidamos al Corazón Inmaculado de la Virgen Santísima que interceda por nosotros para reorientar nuestro corazón, nuestros deseos y nuestras vidas hacia lo que realmente importa, ser más libres de las ataduras de este mundo, acumulando tesoros en el cielo y viviendo en la luz de Cristo, el único camino, la única verdad y la única vida que puede llenar el corazón del hombre.